

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
	un año 10 ps. fs.	
	seis meses 6 ps. fs.	

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

De la educacion literaria de las niñas, por D. Salvador Costanzo.—*La idealidad*, poesia, por doña Isabel Poggi.—*El coral*, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—*Entre las brumas del faro*, poesia, por D. Leopoldo Crestar.—*Guillermo Monci* (conclusion), por doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por don Leandro A. Herrero.—*Modas; Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Explicacion del pliego de dibujos*.—*Variaciones*.

Pliego catorce del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

Pliego trece de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

DE LA EDUCACION LITERARIA DE LAS NIÑAS.

El conde de Maistre, hablando en una carta dirigida á su hija de la educacion literaria más conveniente al bello sexo, se expresa en esta forma: «Tú me preguntas, querida mia, despues de haber leído mi sermon sobre la ciencia de las mujeres, ¿por qué están condenadas á la medianía? Me exiges la explicacion de una cosa que no existe, y que yo no he

»dicho jamás: las mujeres no están condenadas por
»ningun estilo á la medianía, y pueden aspirar á lo
»sublime; pero á lo sublime femenino. Cada sér
»debe mantenerse en su puesto, y no afectar más
»pretensiones de las que le corresponden. Yo tengo
»aquí un perro, que se llama *Biribi*, y que es el ob-
»jeto de nuestra diversion; si se le antojara dejarse
»ensillar y embridar para llevarme al campo, me
»quedaria tan poco satisfecho de este perro como
»del caballo inglés de tu hermano, si pensara saltar
»sobre mis rodillas y beber conmigo el café. El
»error de algunas mujeres consiste en figurarse que
»no se pueden distinguir si se dirigen por un cami-
»no que no es el de los hombres. Nada de más falso:
»están en el mismo caso que el perro y el caballo,
»Se permite únicamente á los poetas decir:

LE DONNE SON VENUTE IN CUELLENZA

DI CIASCUM ARTE OVE HANNO POSTO CURA (1).

»He dado á conocer ya en otra circunstancia lo que
»valen estos versos. Si una hermosa dama me hubie-

(1) Las mujeres han llegado á ser excelentes en todas las artes que han emprendido cultivar.

»se dicho diez años atrás: «¿No cree Vd., señor mio, que una dama podría ser un gran general como un hombre?» La habría contestado en el acto: «Señora, no lo dudo. Si Vd. capitanease un ejército, el enemigo se hincaría de rodillas ante Vd., como yo lo hago: nadie osaría disparar un tiro, y Vd. entraría en la capital enemiga, acompañada de tambores y violas. Si me hubiese dicho: «¿Quién me impide ser tan astrónoma como Newton?» La habría contestado muy sencillamente: «Nadie, absolutamente nadie, mi divina hermosura; coja Vd. el telescopio, y los astros, que se atribuirán á mucho honor ser mirados por esos lindos ojos, se apresurarán á revelar á Vd. todos sus secretos.» Así se habla á las señoras, bien sea en prosa ó en poesía. Pero la que lo toma por moneda corriente es muy necia. El principal mérito de la mujer consiste en arreglar su casa; en ser modesta, obediente á sus padres; en hacer dichoso á su consorte, en infundirle valor y en educar á sus hijos; esto es, en hacer hombres. No debemos, sin embargo, querida mía, exagerar nada. Creo en general que las mujeres no deben dedicarse á conocimientos que son contrarios á sus deberes; pero estoy muy lejos de suponer, que deben quedarse sumidas en la ignorancia. No quiero que crean que Pekín está en Francia, ni que Alejandro el Grande pidió la mano á una hija de Luis XIV. Las bellas letras, los grandes novelistas, los grandes oradores, etc., bastan para suministrar á las mujeres toda la cultura que necesitan.»

«Adios, mi pequeña jimia, te amo casi tanto como á Biribi, que ha llegado á adquirir una inmensa fama en San Petersburgo (1).»

Las ideas que encierra esta carta de Maistre, nos parecen muy sensatas, y nosotros no vacilamos en aceptarlas; pero no queremos pasar por alto en esta coyuntura, que si hay padres á quienes la suerte ha concedido en don una hija que dé testimonios de poseer dotes intelectuales superiores á los de su sexo, deben proporcionarla todos los medios y recursos que exige su completo desarrollo.

¿No figura en primer término entre los más insignes filósofos de la escuela alejandrina la célebre Hipatia, modelo de pudor y modestia? ¿No es una obra digna de la pluma de los sábios y críticos más eminentes de nuestro siglo *La Alemania* de madama

Staël? Sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion francesa*, ¿no son superiores bajo varios conceptos á las *Consideraciones sobre la Francia* del mismo de Maistre?

Sabemos muy bien que tratándose de hombres ó mujeres de un ingenio privilegiado, y que sale de la esfera ordinaria, casi raya en la impertinencia preguntar quiénes fueron sus maestros y el método que adoptaron en sus estudios, porque parece que la naturaleza les ha destinado á educarse por sí mismos sin mendigar reglas ni teorías. Esto es cierto, pero no sucede lo propio en la infancia, porque los ingenios más privilegiados son semejantes á las flores, que antes de manifestarse en toda su gala, necesitan cuidado y ser oportunamente regados para que sus gérmenes no se agoten y perezcan.

Ni Hipatia ni madama Staël ocupan hoy un puesto preferente en la historia literaria por obra de sus maestros é institutores, aunque se les quiera suponer más sábios que Salomón, porque el genio, como dijo Tasso hablando de sí mismo y viéndose convertido en blanco de la desventura: «El genio es don de Dios, y mientras que Dios no me lo quite, el genio es mio.» Hipatia, pues, y madama Staël, deben su grandeza y lustre literario á la fuerza y elevación de su entendimiento; pero, ¿creeis acaso que habrían descollado tanto, si nadie en un principio las facilitara con buenos preceptos la senda que lleva al templo de la sabiduría? Un buen terreno se queda estéril ó no produce mas que cardos y espinas si nadie lo cultiva.

Pero pasando de las ideas generales que acabamos de emitir á lo que constituye un buen método de enseñanza, no dudamos en afirmar que las niñas deben aprender ante todo con perfección y esmero el propio idioma para dar á sus pensamientos claridad, precisión y elegancia; para darles, en fin, aquel atavío noble y seductor que manifiesta talento y gracia, dotes muy propias de una bien cortada pluma. Además del idioma patrio, las niñas deben aprender también el francés, porque hoy se ha generalizado en términos, que forma parte de una esmerada educación. Pero es muy inoportuno y hasta ridículo un método de enseñanza que se propone hermanar el estudio del idioma patrio con otro extranjero, porque las reglas y teorías gramaticales de dos idiomas distintos no guardan uniformidad y causan confusión; que estudien las niñas el francés, la moda y un buen método de enseñanza lo exigen;

(1) *Cartas y opúsculos inéditos* de Maistre, publicadas por su hijo, t. 1. (en francés.)

pero que aprendan ante todo el idioma patrio, que se perfeccionen en el castellano, y que estudien nuestros mejores hablistas. El inmortal Alfieri, eminente trágico y docto filólogo, nos ha dejado escrito en su vida lo que sigue: «Hay muchos, que sin conocer su propio idioma, estudian otros varios; pero esos acaban todos por pronunciar á media voz frases y palabras extranjeras sin hablar ninguna lengua.» Esta es una gran verdad, y Juvenal, burlándose con refinada ironía en una de sus sátiras de los antiguos romanos, dice: «Hoy todos saben el griego en Roma, y hasta las mujercillas lo hablan; pero no son muchos los que hablan bien el latín.»

Los que tienen la dicha de haber nacido en el seno del Catolicismo, en el seno de esta Religión santísima, única y verdadera entre las muchas que se fundan en el error y en vanas y repugnantes supersticiones, no ignoran que el principio de toda sabiduría es el santo temor de Dios. En todos sus estudios, pues, las niñas no deben perder nunca de vista esa grande idea, y debe ser su firme propósito glorificar siempre al Creador, rechazando las doctrinas y los libros anticatólicos ó perjudiciales á la pureza de las costumbres.

La lectura de las novelas es la que hoy halaga más al bello sexo, no solo en nuestra Península, sino tambien en Francia, en Italia, en Alemania y en otros países de la culta Europa, por lo que nosotros juzgamos muy del caso consignar en un reducido número de palabras algunas reflexiones acerca del particular.

No pertenecemos á la multitud de hipócritas y rigoristas, que no contentándose con desterrar la lectura de las novelas, las declaran indistintamente perniciosas é inútiles, porque figuran muy á menudo en ellas hechos inverosímiles, amorios y pasiones exaltadas. Convenimos en que muchas novelas adolecen de estos graves defectos; pero hay otras que pintan con viveza de colores, y sin rayar en exageraciones ridiculas, la organizacion política y social de un pueblo en alguna de las grandes épocas que ha atravesado la humanidad, revistiendo de un carácter verdaderamente histórico á los personajes que entonces vivieron, como lo ha hecho el célebre novelista y poeta Walter Scott; otros desplagan á la vista con naturalidad y sencillez grandes escenas, como el *Piloto* y el *Corsario rojo* de Tensinore Cooper; otros pintan y nos presentan, como en un panorama muy variado, el cuadro de la vida humana en sus vi-

cisitudes, ya tristes y desoladoras, ya felices, para que nos sirvan de ejemplo y guia en nuestra carrera mortal. Entre las novelas de este género ocupa un puesto muy preferente el *Gil Blas* de Lesage. Otras nos retratan un siglo de privilegios é impunidad en abono de los ricos prepotentes, restos lamentables del feudalismo, como nos lo da á conocer Alejandro Manzoni en sus *Prometidos esposos*; otros pintan el arrepentimiento de una pasion infortunada, como las *Cartas portuguesas*.

Todas estas novelas son muy instructivas y dignas, no solo de ser leídas, sino detenidamente estudiadas por las señoritas que deseen adquirir nociones históricas y eruditas de alguna utilidad y conocimiento del mundo. No sucede lo propio con las novelas de Jorge Sand, de Eugenio Sué, de Dumas y de otros muchos, cuyas novelas, en mayor ó menor escala, son casi todas perjudiciales; las unas, como las de Jorge Sand, consideran al matrimonio cual acto puramente convencional; tienden á propagar el socialismo, y dan á los vicios más abominables el colorido de una seducción maligna, con el firme propósito de aniquilar todas las ideas de pudor y moralidad; las otras, ó son libelos calumniosos é inverosímiles, como *El Judío Errante* de Eugenio Sué, ó un conjunto de hechos históricos falseados, de amorios ridiculos, de chistes fuera de lugar y de anécdotas insustanciales, como muchas de las de Alejandro Dumas. Entre las novelas españolas más modernas, las de Fernan Caballero están escritas con elegancia, y no carecen de interés y moralidad. Algunas novelas salidas de la pluma muy fecunda de Fernandez y Gonzalez, tienen arranques admirables y descripciones y escenas muy patéticas; pero su autor no conserva siempre en la narracion de los hechos históricos ó fantásticos aquella ilacion lógica, que dá un colorido filosófico á las producciones de un gran ingenio; *Fé, Esperanza y Caridad* de Antonio Flores, es una novela que rebosa sentimientos cristianos. Su última novela, titulada *Hoy y Mañana*, es un cuadro de costumbres salpicado de chistes y chascarrillos, que no carecen de mérito.

De todo lo que acabamos de consignar se deduce, que las niñas, lejos de entregarse ciegamente á la lectura de ese fárrago de novelas que diariamente se publican en España y allende los Pirineos, deben consultar á sus padres, á sus maestros y á personas muy entendidas, antes de leer una novela de autor sospechoso, ó todavia no muy conocido, á fin de

que su inocencia y pureza de afectos y costumbres no sufran quebrantos.

En los números siguientes hablaremos más extensa y detenidamente de la educación literaria de las niñas y del método que deben adoptar en sus estudios.

SALVADOR COSTANZO.

Á LA IDEALIDAD.

I.

Yo, cual la flor, que en el riente Mayo,
Siendo de los pensiles embeleso,
Dobla el cáliz en lánguido desmayo
De sus puros perfumes al eveso,
Sin que del sol la anime el tibio rayo,
Ni de las auras el amante beso,
Por la perenne luz que arde en mi mente,
Desfallecer me siento tristemente.

¡Luz divina, benéfica lumbrera,
Que á Dios eleva el anhelar del alma!
¡Antorcha perennal, que reverbera
Célicos brillos de ventura y calma!
Tú, que bella nos muestras la ribera,
Donde la pura inmarcesible palma
Crece, que premia al vate sus congojas,
Con fúlgidas coronas de sus hojas.

¿Por qué abrasas mi sér? ¿por qué consumes
Del corazón la fuerza que le alienta?
¿Por qué el vigor en mi pensar resumes,
Y débil la materia desalienta?
¿Por qué la savia de mi vida asumes,
Pura luz, que mi espíritu alimenta
Con el fulgor que en mis ideas grabas,
Si mis vitales fuerzas menoscabas?

Niña inocente, la zafireal alfombra
Yo contemplaba en la apacible tarde,
Cuando se pierde en la nocturna sombra
La luz del sol, que sobre el éter arde;
Y en este instante celestial, que asombra
De los pensiles el pomposo alarde,
Una secreta voz en mí sentía
Que á cantar con las aves me impelia.

Era mi númen tímido capullo,
Que ante las glorias del Señor se alzaba
Su grandeza á cantar, mientras su arrullo
En la selva la tórtola entonaba,
Y el río con dulcísimo murmullo
Sus rizadas espumas deslizaba

Por entre flores de aromado broche,
Que acariciaba el aura de la noche.

En esa hora se elevó mi mente,
Por Dios llamada á su encumbrada gloria;
Y *Él* con su egrégia mano omnipotente
Destellos de su sér dió á mi memoria.
De entonces aquella luz, pura y luciente,
Hermosa brilla entre la vil escoria
De este mezquino mundo que no escucha
Del alma y la materia la honda lucha.

Y hoy esa luz suprema se agiganta,
Y el alma en su fulgor se diviniza,
Y ardorosa la idea se levanta,
Y en invisibles mundos se electriza;
Y el númen creador se eleva y canta
Trova, que el pensamiento idealiza,
Al continuo brillar de esa centella,
Que del *Supremo Sér* emana bella.

Más ¡ay! ¡que en vano el pensamiento vuela,
La idealidad buscando que ambiciona!
De miserias sin fin la sombra vela
Esa deidad, que al corazón abona,
Inefable delicia: el alma anhela
De ese bien celestial la alta corona,
Y de la impía realidad al ceño
Desvanecer miramos nuestro sueño.

¡Por qué ese anhelo que del alma brota,
Como el aroma que la flor respira,
Cual el furioso mar, que altivo azota
Las playas que resisten á su ira,
El mundano vaiven destruye; y rota
Esa idea purísima se mira
Sepultarse en raudal de amargo llanto,
Deshecho al ver su divina encanto!

II.

Y en tanto, el mundo sonríe
Con estúpido placer,
Sin llegar á comprender
Cuándo gozoso se engríe.

Con nuestro mal, que hay torturas,
Que al hacernos verter llanto,
Elevan sublime y santo
El pensar á las alturas.

Á esos espacios sin fin,
Donde dulcemente vagan
Génios que la vida halagan
Con brillos de serafín:

Allí, do en días eternos,

Tañendo acordada lira,
Gozosa el alma se inspira
En raudales sempiternos:

Do en espléndido dosel,
Por los ángeles guardado,
El premio al vate otorgado
Se ve de eterno laurel:

Allí, do no llega el lloro,
Que se derrama en el mundo:
Donde se ostenta fecundo
De virtudes el tesoro:

Donde en concierto ideal
Del Hacedor á las plantas
Eleva cántigas santas
Bello coro angelical.

¿Qué importa? ¡oh mundo! el tormento,
Que en nuestro corazon viertes,
Si tú mismo le conviertes
En crisol del pensamiento?

Él, puro busca en tu seno
Mística y santa ilusion;
¡Y tú le das afliccion,
Desencantos y veneno!

Así en las bellas alturas,
Do no llega tu maldad,
Yo busco en la *idealidad*
Mis celestiales venturas.

ISABEL POGGI.

EL CORAL.

Si se comparan gradualmente los seres de la naturaleza desde el hombre hasta la más ruda particular del reino mineral, se ve que cada ser es, respecto del que le antecede, como el mismo ser es al que le sucede; por manera que el último ser del reino animal guarda con el primero de los vegetales la misma razon que el último de estos con el primero de los minerales, formando una perfecta progresion todo cuanto existe de natural en el globo.

Segun la clasificacion zoológica hecha por Cuvier, el coral pertenece á los zoófitos, que son todos los que comprende el cuarto tipo, y á la clase diez y ocho, que son los pólipos, empezando á contar las clases desde el hombre, y concluyendo por el zoófito de menor animacion, ó sean los de la clase diez y nueve, á la cual pertenecen los infusorios.

Es, pues, el coral un pólipo zoofitario muy parecido al de las Górgonas, y más aun á los géneros Isis y Antipatro, cuyo polipero es arborizado, con el eje lapídeo, sólido, estriado en la superficie y capaz de recibir un bello pulimento; está cubierto por una corteza carnosa adherente al eje por medio de una membrana muy delgada: esta corteza se vuelve cretácea y friable por desecacion.

Se compone de una gran cantidad de carbonato de cal, y Vogel asegura que tambien contiene algo de magnesia y de óxido de hierro.

Es de la misma naturaleza que las conchas, y se produce por la resudacion del cuerpo de una multitud de animalitos, á los cuales sirve de morada.

Por las indagaciones que varios naturalistas han practicado, parece que el coral crece en pocos años y se envejece, averia y resulta picado, y hasta su tallo se desprende, puesto que en la pesca se recoge más del que ya ha caido del tallo, y del que se recoge por tierra casi podrido, que de cualquiera otra especie.

Lo hay de cuatro calidades, que comunmente llaman *suertes*, siendo de la primera, y por consiguiente el de mayor estima, el más grueso, enterizo y de más bello color. Es de segunda calidad el que, no siendo muy grueso, tambien se presenta enterizo y tiene bonito color. De tercera calidad es aquel que ha caido del tallo, está corroido y ha perdido la belleza de su color, emblanqueciéndose. Pertenece á la cuarta suerte ó calidad el que se halla por tierra, pequeño, corroido y emblanquecido su color.

El coral pierde envejeciendo, y se averia dentro del mar sin provecho alguno. Tiene una fortaleza semejante á la del márfil, se le puede separar fácilmente con regularidad y sin quebradura por medio de cortes homólogos á la direccion de sus fibras, y se muestra bastante tenaz cuando se le parte al través de estas.

Se cria el coral en casi todos los mares del mundo, hallándose con abundancia alrededor de las islas y á lo largo de las costas. En Europa solo se encuentra en el Mediterráneo, en la costa de España y Francia, cerca de Marsella, en las islas de Córcega, las Baleares, en las costas de Cerdeña y de Sicilia, y en otros pocos puntos.

En una Memoria escrita en 1775 por Mr. Fratecelli, entre otras cosas que escribió sobre el coral se lee: «Que en Italia hay una roca muy rica en este producto que se titula la *Secca grande*, y se halla en-

tre la isleta llamada *Senara*, la isla de Cerdeña y la de Córcega, y tiene once leguas de perímetro ó derredor, que es más abundante en coral que la de Ticiano, que solo tiene ocho leguas, pero que no está tan frecuentada por los esplotadores, por hallarse más distante de las islas.

El golfo Árábigo recibe el nombre de *Mar Rojo* porque contiene varios bancos de corales y madreporas en su suelo.

La pesca del coral siempre suele hacerse á una mediana profundidad y no muy lejos de la costa; se verifica de dos maneras: del mismo modo que hacen para pescar las perlas, baja un hombre al fondo asido de una cuerda y ayudado de un peso; lleva un cestito colgado en el cuello, y un hacha de hierro en la mano; rompe y mete en el cesto los tallos que encuentra; sube luego para tomar aire, y dejando lo que pescó vuelve á bajar, repitiendo sucesivamente la misma operacion. La otra manera de pescar, y que es la más ingeniosa, consiste en una cruz ó aspa de madera, en el centro de la cual se ata una piedra de un peso capaz de hacerla sumergir y mantener en el fondo: se colocan porciones de redcilla en cada uno de los brazos de la cruz, y se mantienen horizontalmente en equilibrio, y por medio de una cuerda se deja caer al agua: cuando los pescadores conocen que toca al fondo, atan la cuerda á sus barquillas, reman despues alrededor de las capas de coral, y la voluminosa piedra desprende el coral de las rocas y se deposita en las redes.

Los italianos se dedican mucho á esta pesca, y no hace muchos años que era en Sicilia un ramo importante de su comercio.

En las costas de África y en Cataluña la pesca del coral es bastante practicada por los españoles.

Varios son los usos á que se destina este producto marítimo. Los antiguos médicos le atribuían virtudes tónicas, astringentes y diuréticas. En el día, la farmacia no hace casi uso de él sino en opiats para los dientes. Como materia absorbente, son indisputables sus propiedades.

En joyería es donde se hace su mayor uso para los adornos. Se fabrican collares solo de cuentas de coral, rosarios, cruces, aderezos completos engastados en oro mate con los bordes bruñidos.

Estos aderezos se destacan lindamente cuando la persona que los lleva no es morena, ni tiene los ojos de un color azul muy claro.

También contrasta agradablemente con algunas

piedras preciosas y muchos mariscos, con especialidad con el nácar y la madreperla.

El coral no tiene el reflejo, la dureza, la densidad, la permanencia, ni otras propiedades que tienen las piedras preciosas; pero no se le pueden negar su finura y bello color.

Vulgarmente se dice que un sugeto *es más fino que un coral*, cuando sobresale en astucia ó en sagacidad.

En poesía llaman *labios de coral* á los labios, que tienen un hermoso color rojo y subido.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

ENTRE LAS BRUMAS DEL FARO.

SERENATA.

Esa campana que su eco envía,
Nuncio es del alba, despierta ya;
Despierta y abre tu celosía
Antes que en ella derrame el día
Su claridad.

Ven, niña, y oye la namorada
Dulce querella del trovador;
Ven, ilumina con tu mirada,
Blanca, ligera, graciosa fada,
Mi corazón.

Corre, no tardes; ya de mi frente
La noche aparta su negro tul:
Ven, y esos ojos que amor presiente
Ricos de fuego, sobre mi mente
Viertan su luz.

Hánme contado,
Si acaso, loco, no lo he soñado,
Que entre las sombras desvanecidas
De tu pasado
Vaga mi sér,

Por tus memorias aun mal dormidas
Acariciado:
Si por mi bien

Tan gratas nuevas no son mentidas,
Dueño querido, ven, y á mi lado
Con mis halagos á tus caricias responderé.
Pluguiera al cielo y á mi destino
Que al son del clave del peregrino

Se disiparan
Las densas nubes de tu pesar.
Á Dios pluguiera porque brotáran
Entre las zarzas de mi camino,
Blanca paloma,
Ángel divino,

Aquellas flores..... de dulce aroma.....
 Que deshojadas un torbellino se llevó ya.
 ¡Ídolo mío!
 ¡Recuerdo santo de mis amores!
 ¡Reina y señora de mi albedrío!
 ¡Te quiero tanto!
 ¡Como se quieren auras y flores,
 Como las penas quieren al llanto,
 Como á la luna la primavera y los ruseñores!
 En tus balcones, leve, indecisa,
 Murmuradora gime la brisa,
 Que es precursora de la mañana.
 Sal, niña ufana:
 Prende mis besos en la sonrisa
 Que te engalana;
 Sé como siempre de mis suspiros, tú la sultana.
 Cuando en la ausencia por tí sufria,
 Y en mi desvelo
 Graciosa ondina te requeria,
 Porque otorgaras á mis rigores algun consuelo:
 ¡Cuánta alegría
 Del pecho amante se apoderaba,
 Si en mi delirio me figuraba
 Que ese consuelo, tu linda imágen me concedía!
 ¡Virgen que al alma das un tesoro
 De sentimiento!
 ¡Mariposilla de nácar y oro!
 ¡Fantasma vago del pensamiento!
 Si me idolatras cual yo te adoro,
 Ven, y al momento
 Mi sed apague tu perfumado, tu puro aliento.

LEOPOLDO CRESTAR.

Córdoba.

GUILLERMO MONCI.

(Conclusion.)

Habia entre ellos un infeliz trabajador que fué rico en otro tiempo; pues rico puede llamarse entre ellos aquel que heredó la casa donde vivieron sus abuelos; que posee además una poca labor y tiene algunas ovejas en el monte.

Pues bien; este hombre honrado habia perdido su poca fortuna por el riquísimo Sr. Durán, que le sorprendió en un soto que poseía, echando músicas á una moza, cuyos ojos negros gustaban á su amo.

Denunció el hecho de introducirse por las no-

ches en terreno vedado, y fué llevado á la cárcel aquel infeliz, de donde salió sentenciado á presidio como un malhechor cualquiera.

Sus bienes fueron embargados para las costas; y cuando volvió de sufrir su condena el desventurado, tuvo que cojer la hazada y ponerse á trabajar para mantener su triste existencia.

Siempre se veía aquel hombre cabizbajo y sombrío, huir de sus compañeros los otros trabajadores, y derramar más de una vez ardientes lágrimas, mirando allá abajo, en el valle, su casa y su hacienda, cultivada y habitada por gentes extrañas, mientras él suspiraba dolorosamente, diciendo: «Cúmplase la voluntad de Dios, que así lo ha querido.»

Pues bien; este hombre, que debia guardar estrechado rencor al Sr. de Durán por su dureza sin límites, fué el que le salvó; próximo á quedar ahogado en su gabinete, donde fumaba tranquilamente un habano, cuando penetraron las llamas en la habitación.

Al ver entrar al que juzgaba su enemigo, pues razon le sobraba para serlo, creyó que iba á matarle, y exclamó horrorizado:

—¿Vienes á hacer más espantosa mi agonía?

—Vengo á salvaros, contestó aquella alma grande, y con sus robustos brazos cogió á su antagonista, sacándole por entre el humo y las llamas, que ya le cerraban el paso.

De estos episodios hubo muchos aquel día memorable; pero no teniendo bombas los trabajadores, ni todo lo necesario para extinguir aquel vesubio hirviente, á las pocas horas solo habia escombros y negros tizones.

Y no se contentaron las llamas con devorar la casa, corrió á los sembrados el incendio, el cual duró seis dias consecutivos, teniendo aterrorizada la comarca.

Aquel especie de virey, aquel hombre orgulloso, el dueño de todas aquellas tierras pingües y productivas, se vió de repente reducido á la miseria, y su hija tan pobre como la desventurada Teresa el día que la arrojaron de los cenadores, por que no estropease el divan carmesí donde habia caído medio muerta.

El cuadro se habia trocado.

La hija de Guillermo, á quien Florencio, viendo sus virtudes, habia hecho su esposa, era rica y feliz como ninguna mujer en el mundo, y educaba dos pequeñuelos que tenia en las más santas doctrinas.

Así es que, cuando vió desvalidos á los señores de Durán, llevó sus hijos ante ellos, y tambien al viejo Guillermo, á quien conducia de la mano, con la ternura más santa, y les dijo conmovida y llorosa:

En nombre de mi padre, á quien veis ciego, vacilante y lleno de respetables canas; en nombre de mi esposo, su madre y mis hijos, hacednos la honra de aceptar nuestra casa, ya que el incendio ha reducido la yuestra á ruinas

¡Venid! ¡Venid con nosotros! que si no podemos ofrecéros riquezas ni comodidades, os ofreceremos cariño y solicitud.

—¡Soy Guillermo de Monci, señora, dijo el anciano, dirigiéndose á la orgullosa dama que tan mal trató á su hija el día que imploraba su caridad. Soy el viejo soldado que llegó á estos valles con su pobre capoton azul, su báculo y sus miserias.

Por un hecho vuestro, que no quiero recordar, nos albergaron en casa de Florencio Ibarra, el más noble de todos los seres del mundo.

Allí, al lado de su noble madre, hemos encontrado la felicidad; y pues el hijo os invita á que vengais á vivir con nosotros, ¡aceptad!

En esto nó hay humillacion alguna; que este viejo ciego y desvalido, cuando llegó á estos valles no traia riquezas; pero sí un nombre puro y honrado, y una porcion de heridas, que ayudaron á salvar la patria, y si hubiese visto que la hospitalidad no era honrosa, hubiera muerto de hambre antes de aceptarla.

—¡Sí! ¡sí! ¡venid! ¡venid con nosotros! dijo llorando la madre de Florencio; y cogiendo dulcemente por el brazo á la rica heredera, que hoy solo poseia ruinas, se la llevó cariñosamente, mientras su hijo hacia otro tanto con el Sr. de Durán.

Ambos se dejaron conducir maquinalmente, mientras los niños de Teresa saltaban diciendo.

—¡Mamá! ¡mamá! ¡qué felicidad tan grande!

Mira á papá Guillermo que contento está.

Con efecto, Guillermo Monci lloraba y reia á la vez, y decia lleno de emocion:

—¿Para qué he pedido tantas veces luz para mis ojos, si el alma vé cuanto deseo, y goza placeres infinitos?....

¡Venid, señores, venid! que el viejo soldado Monci se encarga de curar vuestro dolor, contándoos lo que ha sufrido en las campañas, lo que ha llorado despues en la miseria, y lo que goza ahora rodeado

de una tierna familia que le adora en su vejez.

Las palabras del anciano convirtieron á aquellos dos seres orgullosos y altivos, y la hija desdenosa, cuyo cariño turbio y frio jamás hizo feliz al señor Durán, se arrojó en los brazos del padre desventurado y derramó el primer llanto de felicidad y ternura que habia visto en su vida.

—¡Hija de mi corazon! exclamó el padre lleno de gozo. ¡Tú serás mi consuelo en el mundo! y la piedad de tan nobles almas embellecerán unos días que han corrido entre el tédio y los sinsabores.

Hoy me considero más feliz que cuando era rico porque la Providencia ha venido á iluminar mis extravíos.

Yo expiaré mi culpable avaricia trabajando en las tierras de los mismos que insulté con mi orgullo.

Yo conquistaré el nombre de *bueno*, ya que tanto tiempo he llevado el de *malo* por mis crueldades y mi tiranía.

Todas las tardes, cuando el sol se oculte detrás de los montes, y tu padre venga de trabajar honrosamente durante el día, te conduciré de la mano á las ruinas de nuestra casa, y rezaremos unidos ante aquellas cenizas que nos han rehabilitado á los ojos de Dios.

—¡Padre! ¡padre! ¿por qué no hemos sido pobres desde la cuna? decia llorando la dama.

—Porque Dios ha querido probarnos que no es el oro el que proporciona la felicidad, ni la miseria por espantosa que sea deja de encontrar consuelo.

.....

Con efecto, aun viven los personajes de esta historia, que no es un cuento ni una novela por cierto, y la felicidad reina en aquellos valles.

La familia que hoy reúne el viejo Guillermo Monci, por las noches se sienta al hogar, y se extasia oyéndole contar sus aventuras.

Florencio no ha permitido que trabaje el señor de Durán, al que ha hecho creer que dan una cuantiosa suma por las tierras abrasadas, y que puede mantenerle con esas rentas á él y su hija con grandes comodidades y sin temores al porvenir.

Pasan unas veladas tranquilas, y los días de fiesta bajan al valle, donde corren todavía los casi adultos muchachos de Teresa.

Tambien suben á la colina muchas veces, y desde allí señalan el terreno donde se elevaba la casa grande, y cuentan á los niños la historia de Marcial

el pobre perro que murió por ser leal á sus amos.

Teresa se estremece todavía cuando mira el río que corre á la falda de la colina, y recuerda que desde allí se arrojó su padre.

El nombre de Guillermo de Monci ha sido grabado por ella en un peñasco, y le enseña á sus hijos diciendo:

—Cuando vuestro abuelo y vuestra madre llegaron aquí de un penoso viaje que hicieron á pié trayendo sed y hambre, cayeron estenuados y casi sin vida.

Ni un pedazo de pan tenían siquiera, y ellos y su perro se morían abandonados de los hombres, pero como no desconfiaban nunca de la misericordia de Dios, éste, despues de probar sus fuerzas, les bendijo y les señaló un asilo precioso donde hoy son felices.

¡Aprended, hijos míos, á no desconfiar nunca del que vé desde allá arriba nuestros infortunios y dolores!

El mérito de una obra consiste en la lucha.

—Pero mamá, contestan los niños, nosotros no tenemos hambre, y nunca podemos demostrarle á Dios que somos valientes en los infortunios.

—¡Hijos de mi corazón! por desgracia pronto herirá vuestros corazones alguna amargura cruel, tan terrible como el hambre y la sed que sufrió vuestra madre.

La muerte de los abuelos que tanto quereis, la de vuestros padres que llegará también, y tantas otras penas como traerá consigo el porvenir, serían terribles, no lo dudeis, si vuestra madre no os enseñase á ser felices, aun en medio de las mayores desgracias.

Así pasa la vida la familia de la casita del valle, y cuando llegan ciertos días que deben celebrarse con públicos regocijos, el padre de Teresa se pone su agujereado capoton azul y su vieja gorra, y sale á la puerta, donde los trabajadores danzan alegremente, dando de vez en cuando el grito de: ¡Viva el veterano español, Guillermo Monci!

Este llora y dice por lo bajo á su hija:

—Si en Italia oyeran estos gritos, cómo se llenarían de orgullo los que llevan el mismo apellido.

Allí están las cenizas de sus padres; pero Guillermo de Monci es español, y recuerda con orgullo que abatió las fuerzas imperiales del déspota de la Francia.

ROGELIA LEON.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

La Batalla de diablos, comedia de magia—**La Silla de espinas**, comedia en cuatro actos, traducida del francés.—Estreno en el Circo.—Teatro de Oriente.

Escasas son las novedades de que podemos dar cuenta á nuestros lectores. En la mayor parte de los teatros siguen poniéndose en escena obras del repertorio. Esto es sensible, no tanto por los perjuicios que se originan al arte dramático, cuanto porque no es el mejor sistema para complacer al público, ávido siempre de la novedad.

De esperar era que despues de la terrible calamidad que ha sufrido la poblacion, hicieran algunos esfuerzos las empresas para llevar concurrencia á los coliseos, ofreciendo amenidad y variedad en los espectáculos, y procurando por todos los medios borrar del sentimiento público el hondo y devorador recuerdo de las escenas de terror y desolacion que han tenido lugar durante las pasadas aflictivas circunstancias.

Nada de esto ha sucedido, y por lo mismo el arte dramático está de pésame, y en los teatros sigue notándose aquella desanimacion que es peculiar de los tiempos anormales.

Sin embargo, el coliseo de la plazuela de la Cebada ha presentado en la última semana una comedia de magia, original del Sr. Zumel, nominada *Batalla de diablos*, la cual logró alcanzar un éxito satisfactorio.

Nuestros lectores comprenderán que, perteneciendo esta produccion á un género que se halla fuera de los dominios de la critica, no podemos tratarla con severidad, limitándonos á recomendarla por la facilidad y soltura del diálogo, por el corte agradable de algunas escenas, y por las excelentes condiciones cómicas de algunos de sus caracteres.

La empresa de aquel teatro ha presentado esta obra con bastante esmero, propiedad y lujo, puesto que en ella se han estrenado diez y siete decoraciones nuevas, entre las cuales hay algunas de muy buen efecto. Todo esto nos mueve á creer que la obra vivirá algun tiempo, y que la empresa hallará la recompensa de sus laudables esfuerzos.

En el teatro del Príncipe se verificó en la semana penúltima el estreno de una comedia en cuatro actos, original del fecundo Scribe, traducida por no

sabemos quién, y bautizada con el extraño título de *La Silla de espinas*. Esta novedad, lácia y trasnochada, es en toda regla una novedad vieja, conocida del público hasta la saciedad, en razon á que hace muchos años la arregló á nuestra escena el Sr. Ventura de la Vega, con más acierto en verdad que el llamante traductor que se ha permitido hilvanarla y zurcirla de nuevo.

Reprobamos esta costumbre: reprobamos este verdadero atentado, si no contra la propiedad, contra el trabajo de otros, y felicitamos al público, que conserva todavía bastante vigoroso y lozano el sentimiento moral para condenar esos indignos abusos, esa explotación menguada, en virtud de la cual se perpetúa en nuestro teatro el mercantilismo, cuyo espíritu grosero propende á inutilizar los progresos legítimos del arte.

La Silla de espinas, por fortuna, hizo completo fiasco, siendo recibida con la más glacial indiferencia por parte de la escogida concurrencia que asiste constantemente á aquel coliseo.

Y ya que nos hemos ocupado de este fracaso, vamos á permitirnos breves consideraciones sobre la conducta anómala y extraña que viene observando aquella empresa.

Natural era que contando, como cuenta, con la mejor compañía dramática que puede formarse en España, se hubiera propuesto dar un impulso generoso á la vida del arte dramático, haciéndola menos estéril é infecunda por medio del estímulo y de la recompensa que debieran hallar los ingénios nacionales que presentaran allí sus obras. Natural era que aquel teatro, antiguo templo del arte, donde se han representado las obras magistrales de nuestros grandes autores, y donde todos nos sentimos embargados por la grandeza colosal de la tradicion de gloria que aquel recinto simboliza, natural era, repetimos, que siryiera en la actualidad como de santuario á la musa dramática española, y que todos los ingénios que se ampararan bajo su benéfica sombra, hallaran la proteccion debida, la consideracion indispensable y el estímulo correspondiente para trabajar con fé y entusiasmo en el abandonado campo de nuestra literatura.

Por desgracia no es así; sea porque entre los autores reina una division lamentable, sea porque no existe entre ellos la abnegacion que debe existir para sofocar sus pasiones rivales, ó sea, en fin, porque la empresa no tiene en realidad medios bastan-

tes para satisfacer las exigencias del público, es lo cierto que la supuesta *regeneracion del arte* que teníamos derecho á esperar de actores y empresarios, segun los pomposos anuncios que se hicieron, va á quedar reducida á una verdadera negacion, puesto que hasta el presente ni se han estrenado obras nuevas de autores españoles, ni se hacen esfuerzos por estrenarlas y por satisfacer las aspiraciones de los amantes del arte.

Deseamos que la empresa haga cambiar de rumbo el sistema de su conducta y se imponga algun sacrificio para salir garante de todos sus compromisos, única manera de que no sufra desperfecto en sus intereses.

En el teatro del Circo se ha estrenado una pieza en un acto, arreglada del francés por el Sr. García, y nominada *El Amigo de confianza*, la cual llenó los deseos del público por los chistes en que abunda y por la forma natural de su diálogo.

Los actores la desempeñaron bien, distinguiéndose Mario y Matilde Díez, que recogieron muchos y nutridos aplausos.

En el teatro de Oriente siguen poniendo *La Africana*, lo que equivale á decir que allí no se puede hacer otra cosa. El empresario, Sr. Caballero del Saz, continúa buscando en el extranjero nuevos cantantes, pero el resultado es que no acaban de llegar, de modo que los abonados de este Coliseo están de enhorabuena.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Se continúa hablando de los vestidos cortos, pero hasta el presente solo es conversacion; la moda no se decide á presentar á sus elegantes ataviadas como una vivandera ó una graciosa de teatro.

Semejante idea solo es comprensible bajo el punto de vista de la economía, puesto que con ella es pretension exagerada querer conservar un porte digno y distinguido.

Podemos convencernos de que la moda no tiene tan mal gusto, si nos detenemos admirando las espléndidas sederías nuevas, cuyas disposiciones exigen una cola muy pronunciada. En estas maravillosas sederías ocupan el primer lugar los rasos negro,

azul, verde y boton de oro, cuyas tintas nos parecen se distinguen por su sello especial. Sobre estos fondos hay una raya blanca y pequeños sembrados de colas imitando el armiño, hasta el punto de equivocarse. La raya armiño es estrecha y bastante espaciada para dejar un gran intervalo de raso, sobre el que se destaca una série de medallones de los más ricos colores, género blasonado. Es necesario ver estas telas para poderse formar una idea exacta de que su esplendor merece la palma hasta el presente entre las novedades de estacion.

Los otros vestidos, que deben tambien describirse, son bordados en *poult-de-soie* de color claro. El bordado describe dos anchas caidas, partiendo desde el talle por ambos lados en el paño delantero, que se detienen á treinta centímetros hácia el bajo. Dichas caidas, del más rico bordado, terminan en una oleada de herretes, y una especie de cinta en conexión con el bajo de las caidas sigue el contorno de la falda á treinta centímetros del bajo, llenando el intervalo que queda un sembrado de florecillas bordadas, que no solamente guarnecen el bajo, sino que remontan sobre todo el paño delantero. Este bordado, que es blanco sobre fondos malva, azul pálido, verde luz, rosa de Bengala, etc., es de un efecto encantador y distinguido.

Nuestra pluma necesita armarse de valor para decidirse á descender de semejantes alturas y abordar la cuestion de los trajes de lana. Empezaremos por el kniker borcker: ese espantoso tejido que nos invade desde el otoño, y se ha hecho tan evidentemente vulgar, que en breve debemos abrigar la esperanza de olvidarlo, y no será poco adelanto. Dicen que los trajes completos de paño gozarán favor, y no nos pesa, atendido á que conservarán siempre un sello distinguido, aunque sean algo pesados.

La moda llama á los adornos, no hallándose dispuesta á transigir con la sencillez, á fuer de coqueta que quiere imponer sus fantasías ó escentricidades á las telas lisas que figuran al lado de los espléndidos trajes labrados ó bordados. Nos hallamos en vena de no gritar *bastante*, y los almacenes favorecen maravillosamente á la moda, porque puede decirse edicionan cada día una nueva creacion.

La boga es para los galones de pasamanería y los botones, género camafeo; los galones de terciopelo con botones de cristal, de nácar, de oro, ó bien con franja de cristal ó de zequies. Las franjas de colgantes de cristal, de oro con crecientes de pasamanería,

obtienen tambien un gran triunfo, y despues las cintas perladas ilustradas con cabezas de animales ó de perfiles negros llamados Africana ó *Klaüta* encantada. Las cadenas tambien se adoptan mucho, pero solamente con los botones camafeo. Todo el adorno está en conexión; elegid, elegantes, entre oro, plata, azabache, nácar ó cristal. Los galones de oro ocupan tambien su lugar en la actualidad; hay quien borda con ellos los *paletots* de paño.

Las lencerías se ostentan más que nunca, adornadas de guipure cluny; no obstante el cluny no es esclusivo, y deja lucir al *valencienne* en las nuevas mangas y cuellos. Hemos notado bastantes de estos descendiendo en dos y tres largas puntas, otros en dos caidas, superando una corbata larga; otros, en fin, con el pequeño cuello avalonado y recto. Todo esto es el último género, y debe ser guarnecido de guipure ó *valencienne*. El puño va siempre en conexión.

Veamos, para terminar, algunos conjuntos de trajes.

El primero se compone de una falda *moiré* pensamiento, guarnecido en el bajo de un grueso ruche, con una hebillita de terciopelo en cada pliegue. La segunda falda, más corta, es de *moiré* negro, sembrada de lunares pensamiento bordados, y va drapeada sobre cada costura por una caída en *moiré* pensamiento, sobre la que se destaca una escala de terciopelo negro. Acompaña un *paletot* cimbreado en terciopelo negro, adornado de ricas pasamanerías con azabaches, dispuestas en tirantes por la espalda, en cimbanillos sobre los hombros, y en el talle por detrás, y de allí se escapan dos largos cabos que descienden hasta el bajo del *paletot*. El sombrero imperio es de terciopelo negro: dos blondas adornan el babolet, y sobre el lado del ala una golondrina huyendo en un nido de blonda.

El segundo es en *poult-de-soie* azul oscuro á dos faldas, y en el bajo de la primera una cuerda de pasamanería. La segunda, adornada de una cuerda sobre todas las costuras, va algo drapeada por una placa de pasamanería; cuerpo con aldetas cortadas, bordadas tambien de cuerda; brandebourgs y herretes de pasamanería. Sobre este traje un pequeño *paletot* en terciopelo negro, adornado de cuerdas de pasamanería, y un sombrero en terciopelo azul, todo bullonado á fondo, remontante con tres camafeos reliados por cadenas.

Por último: el tercero de paño, color tabaco de

España, de forma princesa, abotonado en toda su altura por una fila de pequeños camafeos negros. La casaca igual, va guarnecida de felpa frisada en los mismos tonos. Independientemente del clásico *rouleau* que la rodea, lleva otro formando berta redonda por detrás, que viene por delante á finalizar en el talle en una cintura de felpa. El sombrero es tambien de felpa, con un penacho negro sobre el lado.

A propósito de los sombreros: la boga de los ve- los grandes toca á su fin, reconocidos sus inconvenientes para el invierno. En este momento se reproduce el velito lobo como el último invierno, asegurándose que á su vez será destronado por otro, no sabemos cómo.

Esperamos verlo para ocuparnos de él.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Núms. 1 y 2. Juego de cuello y puños.

Núms. 3 y 4. Otro bordado á plumetis y guipur.

Núms. 5 y 6. Otro sobre tela doble, bordado á plumetis y punto de posta.

Núms. 7 y 8. Otro bordado á plumetis, y rodeado de feston.

Núm. 9. Esquina de pañuelo bordado á plumetis y punto de rosa.

Núm. 10. Otra bordada á plumetis, guipur y calados en el interior de las hojas.

Núms. 11, 12 y 13. Escudo y nombres.

Núm. 14. Esquina de pañuelo.

Núms. 15 al 20. Cifras, escudos y nombres.

Núms. 21 y 22. Cuello y puños de muselina, guarnecidos de entredos y encajes.

Núms. 23 y 24. Juego de cuello y puños, guarnecidos de guipur y entredoses.

Núms. 25 y 26. Entredos para enagua.

Núms. 27 y 28. Dibujo soutache para trajes de niños.

Núm. 29. Dibujo á plumetis para sábanas.

Núm. 30. Cuadros de batista, bordados á plumetis, y destinados para alternar con otros de crochet á guipur, formando cubiertas de sillones.

Núms. 31 y 32. Dibujos soutache con perlas negras para abrigos.

Núms. 33 y 34. Fondo y banda para bordar un

gorro griego al pasado y soutache, con trencillas y cordoncillo de oro.

Núms. 35 y 36. Modelo de un abrigo de paño, guarnecido de astrakan.

Núm. 37. Entredos para ropa blanca.

Núms. 38 á 45. Letras y cifras para marcar.

PATRONES.

En el segundo lado van los patrones de un traje completo para niño de cuatro á cinco años; se hace de paño ribeteado con galon.

Las figuras núm. 1 y 2 representan un modelo de chaquetilla para señora.

Pensamientos. De una tierra labrada ó cultivada no nace solamente trigo, sino una civilizacion entera.

Lamartine.

—Si alguno te habla de enriquecerte por otro camino que el del trabajo y la economía, no le creas; es un envenenador.

Franklin.

—Pobre concepto he formado siempre de quien no tiene enemigos: pues he advertido que solo de los necios no se dice mal.

Caraccioli.

—La gravedad es no pocas veces un misterio del cuerpo inventado para cubrir los defectos del alma.

La Rochefoucauld.

—Haciendo guerrear á los hombres, uno se dispensa de gobernar bien.

Mirabeau.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No habiendo llegado á tiempo el figurin que debíamos repartir con este número, damos en su lugar el dibujo que teníamos preparado para Diciembre. Esperamos que nuestras suscriptoras nos dispensen esta falta involuntaria, toda vez que no se suprime el grabado, sino que se sustituye con otro bellissimo y de mucha novedad.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.